SIGNO
Umberto Eco

PROEMIO

Les paroles seules comptent
Le reste est bavardage.
Ionesco

I. Supongamos que el señor Sigma, en el curso de un viaje a París, empieza a sentir molestias en el «vientre». Utilizo un término genérico, porque el señor Sigma por el momento tiene una sensación confusa. Se concentra e intenta definir la molestia: ¿ardor de estómago?, ¿espasmos?, ¿dolores viscerales? Intenta dar nombre a unos estímulos imprecisos; y al darles un nombre los culturaliza, es decir, encuadra lo que era un fenómeno natural en unas rúbricas precisas y «codíficadas»; o sea, que intenta dar a una experiencia personal propia una calificación que la haga similar a otras experiencias ya expresadas en los libros de medicina o en los artículos de los periódicos.
Por fin descubre la palabra que le parece adecuada: esta palabra vale por la molestia que siente. Y dado que quiere comunicar sus molestias a un médico, sabe que podrá utilizar la palabra (que el médico está en condiciones de entender), en vea de la molestia (que el médico no siente y que quizás no ha ser tido nunca en su vida).
Todo el mundo estará dispuesto, a reconocer que esta palabra, que el señor Sigma ha individualizado, es un signo, pero nuestro problema es más complejo.
L señor Sigma decide pedir hora a un médico. Consulta la guía telefónica de París; unos signos gráficos precisos le indican quienes son médicos, y cómo llegar hasta ellos.
Sale de casa, busca con la mirada una señal particular que conoce muy bien: entra en un bar. Si se tratara de un bar italiano trataría localizar un ángulo próximo a la caja, donde podría estar un teléfono, de color metálico. Pero como sabe que se trata de un bar francés, tiene a su disposición otras reglas interpretativas del ambiente: busca una escalera que descienda al sótano. Sabe que, en todo bar parisino que se respete, allí están los lavabos y los teléfonos. Es decir, el ambiente se presenta como un sistema de signos orientadores que le indican donde podrá hablar.
Sigma desciende y se encuentra frente a tres cabinas más bien angostas. Otro sistema de reglas le indica cómo ha de introducir una de las fichas que lleva en el bolsillo (que son diferentes y no todas se adaptan a aquel tipo de teléfono: por ha de *leer* la ficha X como "*ficha adecuada al teléfono tipo Y*" y, finalmente, una señal sonora le indica que la línea está libre; esta señal es distinta de la que se escucha en Italia, y por consiguiente ha de poseer otras reglas para "*descodificarla*" también aquel ruido (aquel *bourdonnement*, como lo llaman los franceses) *vale por* el equivalente verbal "*vía libre*".

Ahora tiene delante el disco con las letras del alfabeto y los números; sabe que el médico que busca corresponde a DAN 0019, esta secuencia de letras y números corresponde al nombre del médico, o bien significa «casa de tal». Pero introducir el dedo en los agujeros del disco y hacerlo girar según números y letras que se desean tiene además otro significado: quiere decir que el doctor será advertido del hecho de que Sigma lo llama. Son dos órdenes de signos diversos, hasta el punto de que puedo anotar un número de teléfono, saber a quien corresponde donde y no llamarle nunca; y puedo marcar un número al azar, sin saber a quién corresponde, y saber que al hacerlo llamo a alguien.
Además, este número está regulado por un código muy sutil: por ejemplo, las letras se refieren a un barrio determinado de la ciudad, y a su vez, cada letra significa un número, de manera que si llamara a París desde Milán, debería sustituir DAN por los números correspondientes, porque mi teléfono italiano funciona con otro código.
Sea como fuere, Sigma marca el número: un nuevo sonido *le dice* que el número está libre. Y finalmente oye una voz esta voz habla en francés, que no es la lengua de Sigma. Para pedir hora (y también después, cuando explique al médico lo que siente) ha de pasar de un código a otro, y traducir en francés lo que ha pensado en italiano. El médico le da hora y una dirección. La dirección es un signo que se refiere a una posición precisa

de la ciudad, a un piso preciso de un edificio, a una puerta precisa de este piso; la cita se regula por la posibilidad, por parte de ambos, de hacer referencia a un sistema de signos de uso universal, que es el reloj.
Vienen después diversas operaciones que Sigma ha de realizar para reconocer un taxi corno tal, los signos que ha de comunicar al taxista; cuenta también la manera como el taxista interpreta las señales de tráfico, direcciones prohibidas, semáforos, giros a la derecha o a la izquierda, la comparación que ha de efectuar entre la dirección recibida verbalmente y la dirección escrita en una placa...; y están también las operaciones que ha de realizar Sigma para reconvocer el ascensor del inmueble, identificar el pulsador correspondiente al piso, apretarlo para conseguir el traslado vertical, y por fin el reconocimiento del piso del médico, basándose en la placa de la puerta. Sigma ha de reconocer también, entre dos pulsadores situados cerca de la puerta, el que corresponde al tímbre y el que corresponde a la luz de la escalera; pueden ser reconocidos por su forma distinta, por su posición más o menos próxima a la puerta, o bíen basándose en un dibujo esquemático que tienen grabado encima, timbre en un caso, lámpara en otro... En una palabra, Sigma ha de conocer muchas reglas que hacen que a una forma determinada corresponda determinada función, o a cíertos signos gráficos,ciertas entidades, para poder al fin acercarse al médico.
Una vez sentado delante de él, intenta explicarle lo que ha sentido por la mañana: «*J'ai mal au ventre*».
El médico entiende las palabras, pero no se fía: es decir, no está seguro de que Sigma haya indicado con palabras adecuadas la sensación precisa. Hace preguntas, se produce un intercambio verbal. Sigma ha de precisar el tipo de dolor, la posición. Ahora el médico palpa el estómago y el hígado de Sigma; para él algunas experiencias táctiles tienen un significado que no tienen para otros, porque ha estudiado en los líbros que explican cómo a una experiencia táctil ha de corresponder determinada alteración orgánica. El médico interpreta las sensaciones de Sígma (que él no siente) y las compara con las sensaciones táctiles que experimenta. Si sus códigos de semiótica médica son adecuados, los dos órdenes de sensaciones han de corresponder. Pero las sensaciones de Sigma llegan al médico a través de los sonidos de la lengua francesa; el médico ha de comprobar si las palabras que se manifiestan por medio de sonidos son coherentes, de acuerdo con los usos verbales corrientes, con las sensacíones de Sigma; pero teme que éste utilice palabras imprecisas, no porque sean imprecisas sus sensaciones, sino porque traduzca mal del italiano al francés. Sigma dice *ventre*, pero quizás quiere decir *foie* (y, por otra parte, es posible que Sigma sea inculto, y que para él, incluso en italiano, hígado y vientre sean entidad indiferenciada).
Ahara el médico examina las palmas de las manos de Sigma ve que tienen manchas rojas irregulares: «*Mal signo -murnura-. ¿No beberá usted demasiado?*». Sigma lo reconoce: "*¿Cómo lo sabe*?". Pregunta ingenua; el médico interpreta síntomas como si fueran signos muy elocuentes; sabe lo que coresponde a una mancha, a una hinchazón. Pero no lo sabe con absoluta exactitud; por medio de las palabras de Sigma y de sus experiencias táctiles y visuales ha individualizado unos síntomas, y los ha definido en los términos científicos a los que lo ha acosrumbraclo la sintomatología que ha estudiado en la Uníversidad, aunque sabe a qué síntomas íguales pueden corresponder enfermedades diferentes, y a la inversa. Ahora ha de pasar del síntoma a la enfermedad de la cual es signo, y esto es cosa suya. Esperemos que no tenga que hacer una radiografía, porque en tal caso tendría que pasar de los signos gráfico-fotográficos al síntoma que representan, y del síntoma a la alteración orgánica. No trabajaría con un único sistema de convenciones sígnicas, síno sobre varios sistemas. La cosa se hace tan difícil, que es muy posible que equivoque el diagnóstíco.
Pero de ello no vamos a ocuparnos. Podemos abandonar a Sigma a su destino (con nuestros mejores deseos): si consigue leer la receta que le dará el médico (cosa nada fácil, porque la escritura de los clínicos plantea no pocos problemas de descifrado), quizás se ponga bíen y pueda aún gozar de sus vacaciones en París.
Puede suceder, también, que Sigma sea testarudo e imprevisor, y que ante el dilema: «*o deja de beber o no puedo asequrarle nada sobre su hígado*», llegue a la conclusión de que es mejor gozar de la vida sin preocuparse por la salud, que quedar reducido a la

condición de enfermo crónico que pesa alimentos y bebidas con una balanza. En este caso, Sigma establecería una oposición entre Buena Vida y Salud, que no es homóloga de la tradicíonal entre Vida y Muerte; la Vida, vivida sin preocupaciones, con su riesgo permanente, que es la Muerte, le parecería como la misma cara de un valor primario, la Despreocupación, al cual se opondría la Salud y la Preocupación ambas emparentadas con el Aburrimiento. Por lo tanto, Sigma tendría su propio sistema de ideas (al igual que lo tiene en política o en estética), que se manifiesta como una organización especial de valores o *contenidos*. En la medida en que tales contenidos se le manifiestan bajo la forma de conceptos o de categorías mentales, también ellos valen por alguna otra cosa. por las decisiones que implican, por las experiencias que señalan. Según algunos, también ellos se manifiestan en la vida personal e interpersonal de Sigma como signos. Ya veremos si ello es cierto. La verdad es que son muchos los que creen así.

Por el momento, lo que nos interesaba subrayar era que un individuo normal, ante un problema tan espontáneo y natural vulgar «*dolor de vientre*», se ve obligado a entrar inmediatamente en un retículo de sistemas de signos; algunos de ellos vinculados a la posibilidad de realizar operaciones prácticas, implicados más directamente en actitudes que podemos definir como «ideológicas». Pero, en cualquier caso, todos ellos son fundamentales para los fines de la interacción esta el punto de que podemos preguntarnos si son los signos que permiten a Sigma vívir en sociedad, o si la sociedad en la que Sigma vive y se constituye como ser humano a cosa que un complejo sistema de sistemas de signos. En una palabra, ¿Sigma hubiera podido tener conciencia racional de su propio dolor, posibilidad de pensarlo y de clasificarlo, edad y la cultura no lo hubieran humanizado como animal capaz de elaborar y de comunicar signos?

Con todo, el ejemplo de que nos hemos valido podría inducir a pensar que esta invasión de los sígnos solamente es una civilización índustrial, que puede observarse en el centro de una ciudad, rutilante de luces, anuncios, señales de tráfico, sonidos y toda clase de señales; es decir, como si exístieran signos solamente cuando hay civilización, en el sentido del término.

Pero es que Sigma viviría en un universo de signos incluso si fuera un campesino aislado del mundo. Recorrería el campo por la mañana y, por la nubes que aparecen en el horizonte, ya sabría predecir el tiempo que hará. El color de las hojas le anunciaría el cambio de estación, una serie de franjas del terreno perfilan a lo lejos en las colinas le diría el tipo de cultivo para el que es apto.

Un brote de un matorral le señalaría el crecimiento de determinado tipo de plantas, sabría distinguir los hongos comestibles de los venenosos, el musgo de un lado de los árboles le indicaría en qué parte está el norte, si es que no lo había descubierto ya por el movimiento del Sol. No disponiendo de reloj el sol le señalaría la hora, y una ráfaga de viento le diría muchas cosas que un ciudadano de paso no sabría descifrar; de la misma manera que determinado perfume (para él, que sabe dcínde crecen algunas flores) quizás le diría de qué parte sopla el viento.

Si fuera cazador, una huella en el suelo, un mechón de pelos en una rama de espino, cualquier rastro infinitesimal le revelaría qué animales habían pasado por allí, e incluso cuándo... O sea que, aun inmerso en la naturaleza, Sigma viviría en un mundo de signos.

Estos signos no son fenómenos naturales; los fenómenos naturales no dicen nada por sí mismos. Los fenómenos naturales «*hablan*» a Sigma, en la medida en que toda una tradición campesina le ha enseñado a leerlos. Así pues, Sigma vive en un mundo de signos, no porque viva en la naturaleza, sino porque, incluso cuando está solo, vive en la sociedad; aquella sociedad rural que no se habría constituido y no habría podido sobrevivir si no hubiera elaborado sus códigos propios, sus propios sistemas de interpretación de los datos naturales (y que por esta razón se convertían en datos *culturales*).

Ahora empezamos a comprender de qué debe tratar un libro sobre el concepto de signo: de *todo.*

Naturalmente, un lingüista podría observar que si empezamos a llamar signo a cualquier artificio que permite de alguna manera una interacción entre dos sujetos, e incluso las traducciones solitarias que Sigma realizaba en su mente, ya no hay manera de

detenernos. Existen artificios que son signos en sentido propio, como las palabras, algunas siglas, algunas conven ciones de señalización, y luego está todo lo demás que no es sig no, que puede ser experiencia perceptiva, capacidad de deducir hipótesis y previsiones de la experiencia, etc.
La proposición tiene aspecto de ser muy sensata; la podemos refutar por lo que se leerá en las páginas que siguen, pero éstas no han sido leídas todavía. Con todo, existen dos fenómenos que nos inducen a pensar que la objeción lingüística es demasiado restrictiva (dejando a un lado el hecho de que esta objeción ha sido liquidada en parte precisamente por un gran lingüista como Ferdinand de Saussure). Por un lado, está el hecho de que a lo largo de toda la historia del pensamiento filosófico, el concepto de signo ha sído utilizado de manera muy amplia, hasta el punto de que cubre muchas de las experiencias que hemos examinado en nuestro ejemplo. Por otro, el hecho de que el uso común, el que se registra fielmente en los diccionarios, nos acostumbra a una utilización de la palabra signo que parece haber sido hecha para asegurar un empleo bastante generalizado.

II. Tanto los filósofos como la gente común recurren a la noción de «signo», la última, mediante expresiones cotidianas como un *mal signo,* y tantas otras. Según la impresión de las personas cultas, los filósofos utilizan el término signo de manera rigurosa y homogénea, en tanto que en la conversación cotidiana, como resulta de frases como la citada, signo viene a ser una palabra totalmente homonímica, o sea, que se utiliza en diferentes ocasiones, con diversos sentidos, y, en general, de manera metafórica y vaga. Más adelante podremos ver hasta qué punto es vaga la utilización que hacen los filósofos de la palabra signo; de momento, nos limitaremos a considerar la utilización común y así descubriremos que, pese a su variedad, es del todo apropiada, correcta, técnicamente aceptable. Y al decir «*técnicamente*», nos referimos a su aceptabilidad desde el punto de vista de la disciplina que estudia todas las posibles variedades de signos, o sea la semiótica o semiología. Examinemos el uso lingüístico común, mediante una fuente autorizada, como es el Diccionario de la Lengua. Para evitar parcialidades, construiremos una palabra ideal, signo, deduciéndola de las distintas acepciones tomadas de tres buenos diccionarios Devoto-Oli, Le Monnier (10 acepciones), Zanichelli (17 acepciones) y Garzanti (9 acepciones).

Signo (del lat. signum, marca, talla), sust. masc.

A.1. Síntoma, indicio, indicación palpable de la que se pueden sacar deducciones y símiles en relación con algo latente. Elemento característico de una enfermedad, referido a un enfermo.
2. Imperfecciones físicas, sobre todo leves, tales como cícatrices, etcétera, poa las que resulta más fácil el reconocimiento de una persona, y que se citan en los documentos de identidad.
3. Cualquier trazo o huella visible que deja un cuerpo sobre una superficie.
4. Gesto, acto o cosa simílar que pone de manifiesto una determinada manera de ser o de hacer, como puede ser, por ejemplo, un signo de alegría, etc.

B.5. Gesto con el que se quiere comunícar o expresar alguna cosa, tal como una orden, un deseo, o algo parecido.
6. Contraseña, elemento distintivo, impreso en alguien o en alguna cosa, para poderlo reconocer. Marca.
7. Línea, figura o algo parecido que se traza para señalar el punto al que se ha llegado. Todos los signos de esta categoría pueden indicarse con un sinónimo aparente de signo, que es señal.
8. Cualquier expresión gráfica, punto, línea, recta, curva y otras similares adoptada convencionalmente para representar un objeto abstracto. Cualquier entidad gráfica utilizada igualmente para representar un objeto abstracto, como un número, una fórmula química, expresiones algebraicas, operadores lógicos y sim. En determinados

contextos se llama también símbolo, para qué no se confunda con el homónimo de la acepción duodécima o décimotercera.
9. Cualquier procedimiento visual que reproduzca objetos concretos, tales como el dibujo de un animal, para comunicar el objeto o el concepto correspondiente.
10. (En lingüística.) Proceso mediante el cual un concepto (o un objeto) se representa por medio de una imagen acústica (como las "palabras" y sim.). A veces, cualquier componente menor del proceso precedente.
11. Cada parte de un procedimiento visual que se refiere a una emisión fónica, a un concepto, a un objeto, a una palabra; tales como las letras del alfabeto (o *grafemas*), los símbolos gráficos subsidiarios (signos diacríticos), los signos de la notación musical, del alfabeto Morse, Braille y otros.
12. Símbolo, entidad figurativa u objetual que representa, por convención o a causa de sus características formales, un valor, un acontecímiento, una meta o cosas similares; así, la cruz, la hoz y el martillo, la calavera (a veces utilizado como símbolo de emblema, incluso heráldico).
13. Símbolo, entidad figurativa u objetual que se refiere a un valor, a un acontecimiento, a una meta, no definidos exactamente, manera oscura y alusiva (a veces utilizado en el sentido de "*palabra poética*").

C.14. (raro y liter.) Enseña, bandera.
15. (En desuso.) Imagen esculpida o pintada, estatua, efigie.
16. (En desuso.) Estrella.
17. Configuración astronómica. Signo del Zodíaco.
18. (En desuso.) Muestra de orina para analizar.
19. En hilo por hilo y signo por signo: con detalle y con orden. Cualquier acontecimiento natural asumido como manifestación una voluntad oculta, una intención divina, una fatalidad, un poder mágico.

Hemos de advertir que para explicar la utilización concreta, los diccionarios consultados recogen las distintas acepciones de mucho más desordenada que nosotros. Hemos procurado organizar las diversas acepciones de tal forma que:

1. Hemos distinguido en A los signos no emitidos intencionalmente y que, por así decirlo, constituyen acontecimientos naturales que utilizamos para reconocer algo o deducir su existencia como de la espiral de humo sobre una colina deducimos la presencia de un fuego encendido; y en B se dístinguieron los signos llamados «artificiales», que, en cambio, son puestos intencionalmente por los seres humanos para comunicar con otros seres humanos.

2. Hemos distinguido las acepciones básicas de las derivadas por metáfora o por extensión, que hemos puesto entre paréntesis al lado de las primeras.

3.Hemos distinguido en C algunas acepciones en desuso o poéticas, éstas igualmente derivadas por extensión; como puede, la acepción 15 depende de la 9, en tanto que la 18 depende de la 1, ya que los orines se analizan precisamente para hallar los síntomas de alguna enfermedad; la acepción 19, que citamos porque la hallamos inserta en un diccionario como autónoma, nos dice algo que no hemos de olvidar en el curso de nuestra investigación, y es que existen términos que adquieren un valor preciso sólo en el contexto de otros términos aunque el «signo» de hilo por hilo y signo por signo depende de la acepción 17.
En fín, la acepción 20, que está tan difundida como para parecer totalmente autónoma, no es más que una extensión de la 1, de la 5 o de la 10, según dependa de la hipótesis metafísica, religiosa o mágica que rige en la interpretación de tales signos; los cuales, por otra parte, no son más que síntomas, órdenes, indicios o auténticas palabras del presunto lenguaje divino.

En cualquier caso, leyendo la lista de definiciones nos daremos cuenta de que aparecen, o bien unas características comunes de cualquier tipo de signo, o bien unas cualidades gue parecen distinguir los signos en distintas categorías. Desde tiempos remotos hasta nuestros días, muchas definiciones y clasificaciones del signo se han basado en estas características comunes y distintivas. Aunque procedan de lingüistas y filósofos, estas definíciones y clasificaciones tienen una cualidad que nos parece evidente: se basan en el uso común. O bien repiten definiciones y clasificaciones que los que hablan (o los vocabularios) han adoptado siempre, o bien elaboran otras que, apenas son propuestas, resultan aceptables por el buen sentido.
Será preciso partir de esta recensión de los resultados del buen sentido, tanto para disponer de una base de razonamiento como para recorrer la historia y la lista de estas clasificacicnes, y que no son otra cosa que una auténtica fenomenología de los signos. Podrá parecer un bizantinismo estrecho, pero si no lo hacemos así corremos el riesgo de mantener nuestro díscurso en un nivel de metaforismo y vaguedad absolutos. El hecho de que muchos filósofos hayan aceptado esta última solución no nos sirve de excusa; al contrario, nos incita a ser más rigurosos y técnicos.
Aristóteles o Platón no se avergonzaban al mezclar sus discusiones sobre filosofía del lenguaje con consideraciones e investigaciones lingüísticas y gramaticales; en cambio, en los dos últimos siglos se ha difundido la figura del filósofo académico. reacio a realizar análisís lingüísticos en sentido técnico; y no a causa de la creciente especialización, con lo que no se sentiría con suficiente competencia para disertar sobre una materia que exige un aprendizaje riguroso y específico, sino porque concibe la filosofía como discurso teórico «global», que rehuye los análisis técnicos detallados. En este sentido, decir que el hombre es un animal simbólico y explicar las razones por las cuales comunica, puede ser filosofía; pero explicar *la manera como comunica* y la mecánica de las relaciones de comunicación no es filosofía, es lingüística o cualquier otra cosa. De esta guisa, filósofos ilustres como Heidegger se permíten argumentar filosóficamente con base en etimologías que harían reír a un lingüista histórico, y apenas excitarían las cenizas de Isidoro de Sevilla; y en cambio, Peirce, que se pasó toda su vida clasificando y estructurando los posibles mecanismos de la significación, durante mucho tiempo fue visto con malos ojos en los círculos filosóficos, y todavía hoy se le considera filósofo por sus páginas de metafísica o de ética (a lo más, de lógica), y no por su contribución semiótica, sin la cual no es posible comprender lo que quería decir cuando hablaba de Dios, del mundo o de la mente humana. Hoy día parece indudable que el filósofo se ha de ocupar de aquellos problemas omnicomprensivos que las diversas ciencias, en su sectorialidad tal vez miope y estrecha, pierden de vista. Pero ocuparse de problemas globales no quiere decir ignorar los resultados sectoriales: al contrario, quiere decir que se han de tomar en consideración y se han de interpretar (cuando se han producido fuera de la actividad filosófica), o incluso producir, cuando la filosofía se aventura en un campo en el que las disciplinas específicas todavía no han alcanzado un resultado favorable.
Los dos casos pueden comprobarse en el problema del signo; por un lado, actualmente es imposible hacer una filosofía del lenguaje sin tener en cuenta todo lo que ha producido la lingüística en los últimos doscientos años; por otro, y precisamente para extender el problema linguistico al de la significación a todos los niveles (incluidos precisamente los no verbales), es necesaria la semiótica. No queremos dilucidar aquí si la semiótica es la forma más técnica de una filosofía de la significación (que pone en crisis las filosofías ingenuas del lenguaje) o bien si es una técnica de investigación de la que se apropia la filosofía del lenguaje para hablar de los signos.
Sea como fuere, dos cosas son indudables:

a) al igual que ha sucedido en la física o en la psicología, también en lingüística algunas de las contribuciones filosóficas más importantes de, nuestro siglo han sido aportadas, no por filósofos, sino por técnicos de otras disciplinas (Einstein o Heisenberg en física, Saussure o Hjelmslev en língüística);
b) actualmente la semiótica es una técnica de investigación que explica de manera bastante exacta cómo funcionan la comunicación y la significación.

Por ello, y precisamente porque creemos que es importante pensar filosóficamente el problema del signo, en este libro procederemos en buena parte con modos que no recuerdan los del discurso filosófico académico. Intentaremos una descripción técnica de todo el fenómeno de la semiosis, analizaremos funcionanientos concretos, intentaremos definiciones parciales. Si no es de esta manera, no se puede hacer filosofía del signo, o se hace rnala filosofía del signo. Con esto, probablemente hacemos exactamente lo que se debe hacer en una filosofía del signo.
Para la cual, antes que nada se han de tener presentes casos como el que indica esta frase de Morris:

Por ejemplo, la cuestión que se nos plantea constantemente de si la estructura del lenguaje es la estructura de la naturaleza, no puede ser discutida adecuadamente hasta que los términos estructura y estructura del lenguaje queden bien explicados (Morris, 1938, pág. 36);

y en consecuencia, se ha de considerar el análisis semiótico como un análisis que permite a cualquier discurso filosófico controlar sus propios términos:

La semiótica promete realizar una tarea que tradicionalmente viene llamándose filosófica. Con frecuencia la filosofía ha pecado al confundir propio lenguaje funciones que realizan los signos. Pero según una tradición antigua, la filosofía ha de examinar las formas características de la actividad humana y luchar para un conocimiento lo más general y sistemático posible. Esta tradición aparece en su forma moderna con la idetificación de la filosofía con la teoría de los signos y la unificación de la ciencia, es decir, con el aspecto más general y sistemático de una semiótica pura y descriptiva (Morris, 1938, pág. 69).

Morris pensaba en una determinada semiótica, pero el valor de su afirmación no cambia, ni siquiera hoy día en que la semiótica se ha desarrollado en nuevas direcciones.
Si se examina el índice de este libro, se verá que se ha intentado llevar a cabo las siguientes operaciones:

Capítulo l. Examinar las modalidades principales de los procesos en los que se utiliza el signo, elaborando una primera definición provisional de signo.

Capítulo 2. Hacer una relación lo más completa posible (sincrética y no histórica) de las distintas clasificaciones de los que una vez más reflejan las diferentes maneras en que se suele atribuir a algo las características de signo (y aquí también sin temor a las contradicciones, las clasificaciones no homogéneas; no hay duda de que cada clasificación depende de un punto de vista distinto, y que cada punto de vista tiene sus justificaciones prácticas y teóricas).

Capítulo 3. Sintetizar los análisis de la estructura interurna del signo y de los sistemas en los que se inserta, tal como los ha realizado la lingüística contemporánea, sobre bases estructuralistas.

Capítulo 4. Sintetizar los principales problemas sobre la naturaleza, la finalidad, las aporías del signo, tal como se manifiestan en el pensamiento filosófico occidental.

Capítulo 5. Intentar una teoría semiótica unificada del signo de tal forma que las definiciones propuestas puedan ser aplicadas a cualquier tipo de signo, de las enumeradas en los capítulos 1, 2, 3; y que permita, si no resolver, al menos explicar los problemas filosóficos que aparecen en el capítulo 4. En este último capítulo se procederá en el sentido de la mayor economía de definicíones posible; sí el uso común llama sígnos a una cantidad muy diversa de fenómenos, ha de existir una estructura de fondo que los haga comunes; será ésta la definición de signo que intentaremos dar, bajo el lema del programa de Occam *entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem*, y en oposición al sincretismo con que se han alineado las diversas taxonomías del capítulo 2.

Es posible que al final queden zonas oscuras, que de momento no puede aclarar una descripción, semiótica: esto quiere decir que se ha de mantener en servicio permanente una filosofía del signo, avanzando hipótesis allí donde la teoría semiótica deje zonas vacías o descubra situaciones contradictorias. Y ello por la razón -y esta observación es de importancia capital- de que esto no es un tratado de semiótica, sino solamente un libro sobre la noción de signo. No hay duda de que la semiótica trata de los signos como materia principal, pero los examina en relación con códigos e integrados en unidades más vastas, tales como el enunciado, la figura retórica, la función narrativa, etc. La semiótica es la discíplina que estudia las relaciones entre el código y el mensaje, y entre el signo y el discurso. Algunos sostienen incluso que no puede existir una semiótica del signo si no se hace antes una semiótica del discurso. En este libro pensamos que puede definirse una unidad elemental como el signo, y solamente nos referimos a unidades más vastas cuando ello nos parece indispensable.

Por ejemplo, se puede observar que, salvo algunas referencias accidentales, no damos aquí una definición del uso estético de los signos. Y ello es así porque no existe un signo estético por sí mismo, ni un uso estético de los signos, salvo de forma elemental, como en una frase, aunque quizá sería posible construir frases que sirvan como ejemplos mínimos de lo que es un discurso estético. Como se ha dicho, el problema estriba en que en este libro nos detenemos en el umbral de una semiótica del discurso, dentro de la cual se encuadra la semiótica del arte. Por lo tanto, se ha de considerar como una proposición de rigor ascético esta renuncia a tratar del arte, cuando una gran parte del discurso filosófico sobre los signos resulta oscura y dilatante, precisamente porque nadie ha sido capaz de hablar del signo sin hablar a la vez del arte.

En fin, más allá del signo definido teóricamente, existe el ciclo de la semiosis, la vida de la comunicación, y el uso y la interpretación que se hace de los signos; está la sociedad que utiliza los signos, para comunicar, para informar, para mentir, engañar, dominar y liberar. Todos estos problemas rebasan la medída física de este pequeño manual; aunque el manual espere facilitar al lector unos instrumentos que puede utilizar desarrollándolos libremente y aplicándolos, porque la semiótica no es solamente una teoría, ha de ser también una forma de la praxis.